

# Introducción

EN 1808 FICHTE CONSIDERÓ NECESARIO ESCRIBIR UN *DISCURSO A LA NACIÓN ALEMANA*; en 1933 a Julien Benda le pareció oportuno escribir un *Discurso a la nación europea*. A su vez, las circunstancias geopolíticas de hoy quizás exigen algo así como un «discurso a la nación occidental».

Existe una analogía entre esas tres situaciones. Fichte pronunció sus conferencias en el momento en que las invasiones napoleónicas amenazaban la propia existencia de Alemania. Benda publicó su ensayo cuando la «guerra civil europea» iniciada en 1914 amenazaba la propia existencia de Europa. En ambos casos estos autores se habían dado cuenta de que hasta entonces las comunidades afectadas por esos traumatismos, la «nación alemana» y la «nación europea», habían sido más sentidas que pensadas, y que quien quisiera defenderlas debía empezar por hacerlas más reconocibles a ojos de sus propios miembros. Intentaron definir los ideales y valo-

res que encarnaban (de un modo bastante criticable en lo que a Fichte se refiere, pero ese ya es otro problema). Así, por medio de sus libros contribuyeron a crear una «conciencia de sí» de Alemania y de Europa, lo que tuvo no poca importancia para la creación de instituciones políticas capaces de inscribir de modo duradero a dichas comunidades en la historia respectivamente de la Alemania unificada de Bismarck y de la Unión Europea.

Del mismo modo hoy las crisis geopolíticas de los albores del siglo XXI están agitando una realidad que sentimos esencial para nuestra existencia pero de la que no tenemos una conciencia suficientemente precisa. La construcción europea, poco discutida durante unos cincuenta años, suscita escepticismo porque no queda muy claro bajo qué criterios pretenden sus promotores ampliar Europa hacia el este y hacia el sur. El terrorismo, la difusión de las armas de destrucción masiva y la mundialización de la economía suscitan a ambos lados del Atlántico respuestas divergentes que incluso podrían llevar a un divorcio entre Europa y América. Los flujos migratorios alcanzan un umbral crítico más allá del cual la integración cultural de los inmigrantes se vuelve problemática y en el que se perfila una sociedad que sería plural desde el punto de vista cultural. En todos estos problemas hay implícita una realidad manifiesta —«Occidente»—, por lo que se hace urgente intentar formarse una idea precisa de ella.

¿Qué es «Occidente», *the West*? Esta civilización o esta cultura —no es nuestro propósito aquí distinguir ambos términos—, ¿tiene una unidad más profunda que sus divisiones geopolíticas? ¿Tiene unos valores e instituciones comunes que hacen de ella un solo y único mundo y que la distinguirán aún durante largo tiempo de los mundos chino, japonés, indio, árabe-musulmán, africano, e incluso de otros mundos considerados cercanos, como la Europa del Este y la Rusia ortodoxa, América Latina o Israel? Si la respuesta es afirmativa, ¿existe entre los países de Occidente una solidaridad profunda

que justifique de un modo u otro la unificación política de este conjunto (desde esta perspectiva, la Unión Europea y el Imperio americano serían dos falsas buenas ideas)? Y si en esta civilización se han alcanzado ciertas formas de lo universal cuya desaparición o debilitamiento afectarían a la humanidad en su conjunto, ¿debe defenderse esta civilización no sólo de las amenazas de tipo militar, sino también de los riesgos de disgregación causados por la expansión de los comunitarismos o por el mestizaje cultural?

El propósito de este ensayo no es responder directamente a estas preguntas —sólo indicaré algunas pistas a modo de conclusión—, sino presentar algunas claves históricas y filosóficas de las respuestas posibles a las mismas.

La civilización occidental puede definirse en primera instancia mediante el Estado de derecho, la democracia, las libertades intelectuales, la racionalidad crítica, la ciencia y una economía de libertad basada en la propiedad privada. Pues bien, nada de esto es «natural». Estos valores e instituciones son fruto de una larga construcción histórica. Se da el caso de que he adquirido cierto conocimiento de ella a medida que trabajaba en una voluminosa *Histoire des idées politiques* que va de la antigüedad hasta la época más reciente.<sup>1</sup> A la luz de lo que ese largo trabajo me ha enseñado, creo que la morfogénesis cultural de Occidente, a pesar de toda su complejidad, se puede estructurar en cinco acontecimientos esenciales:

- 1) la invención de la polis, de la libertad bajo la ley, de la ciencia y de la escuela por los griegos;
- 2) la invención del derecho, la propiedad privada, la «persona» y el humanismo por Roma;
- 3) la revolución ética y escatológica de la Biblia: la caridad como superación de la justicia, el tensionamiento escatológico de un tiempo lineal, el tiempo de la historia;

- 4) la «revolución papal» de los siglos XI-XIII, que eligió utilizar la razón humana en las dos figuras de la ciencia griega y el derecho romano para inscribir en la historia la ética y la escatología bíblicas, realizando así la primera verdadera síntesis entre «Atenas», «Roma» y «Jerusalén»;
- 5) la promoción de la democracia liberal llevada a cabo por lo que se ha dado en llamar las grandes revoluciones democráticas (en Holanda, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y posteriormente, bajo una forma u otra, todos los demás países de Europa occidental). Puesto que el pluralismo es más eficiente que cualquier orden natural o que cualquier orden artificial en los tres ámbitos de la ciencia, la política y la economía, este último acontecimiento confirió a Occidente una capacidad de desarrollo sin precedentes que le permitió engendrar la modernidad.

Al primero de los citados acontecimientos se le suele denominar el «milagro griego». El tercero se presenta a sí mismo como un acontecimiento profético. Pero en ciertos aspectos los *cinco* acontecimientos son «milagros», ya que todos ellos son soluciones de continuidad en la historia cultural, saltos evolutivos. Algunos también han afectado a civilizaciones no occidentales. Pero lo propio de Occidente sería haber sido modelado *por todos y cada uno de los cinco y por ningún otro*.

En las páginas siguientes me gustaría esbozar de modo esquemático esta morfogénesis. Ni que decir tiene que no pretendo hacer en unas pocas decenas de páginas un resumen de la «historia de la civilización occidental» ni formular nada nuevo sobre cada uno de los cinco acontecimientos considerados en sí mismos. Mi intención es destacar algunos rasgos abstractos de estos acontecimientos —discrecionalmente identificados y voluntariamente simplifica-

dos— y mostrar como se han combinado para crear el *espíritu propio* de los occidentales de hoy día.

No ignoro las numerosas objeciones, tanto de fondo como de método, que puede suscitar este procedimiento. La más grave es que al plantear la pregunta «¿Qué es?» y desear al parecer definir una esencia, corro el riesgo de caer en las trampas del esencialismo, que consisten en atribuir a los grupos humanos una naturaleza eterna e incommunicable y un devenir endógeno.

No es esa mi metodología. El «Occidente» que intento definir no es un *pueblo*, sino una *cultura* de la que han sido portadores sucesivamente *varios pueblos*. En esta historia se han implicado hombres de distintas etnias que han asumido voluntariamente valores distintos a los de su grupo de origen. Me refiero a los romanos helenizándose, a los galos vencidos aceptando de bastante buen grado la latinidad (en dos o tres generaciones abandonaron totalmente su lengua), a los europeos paganos convirtiéndose al cristianismo en masa, y más adelante a la propia Europa cristiana que decide apropiarse del derecho romano y la ciencia griega y hacer de *esos pasados su* pasado, la fuente de sus normas, de su imaginario y de su identidad. En cada una de estas ocasiones los grupos mencionados asumieron pues, de modo retrospectivo, una filiación espiritual que no correspondía a su filiación biológica o étnica, y lo hicieron por libre elección de sus dirigentes y pensadores. Se ha criticado mucho la escuela colonial francesa que enseñaba a los niños africanos los grandes momentos de la historia de Francia —el episodio del vaso de Soissons, Juana de Arco— como si esos acontecimientos fueran *su* historia. ¿Era realmente tan absurdo? ¿Acaso los europeos no somos sino colonizados que reconocimos como antecesores a Sócrates y Cicerón, a Moisés y Jesús, más que a los zafios seres que poblaban los bosques celtas y germánicos? Los valores e instituciones creados a lo largo de la historia cultural de

## ¿QUÉ ES OCCIDENTE?

Occidente, ¿acaso no pertenecen a lo que Karl Popper denominó el «Mundo 3», el mundo de las ideas, las representaciones, las doctrinas, las realidades propiamente culturales? Hoy son accesibles a todos los pueblos del mundo si las consideran adecuadas, de modo que no son propiedad exclusiva de nadie. El proceso de esencialismo no es pertinente.

Pero mi propósito no es sembrar la polémica. Caracterizaré de modo positivo y analítico la aportación esencial de cada uno de los cinco acontecimientos y mostraré cómo esas aportaciones se combinaron felizmente para constituir la forma de Occidente.<sup>2</sup>